

TFG

Aquel día era 6 de Julio de 2017. La fecha llevaba semanas apuntada en su calendario. Nuestro protagonista devoraba ávidamente las líneas de aquel documento que llevaba meses escribiendo. En sus manos, sostenido con más fuerza de la estrictamente necesaria, sujetaba la copia definitiva de su Trabajo Fin de Grado. Dentro de media hora presentaba, por fin, aquel trabajo que pondría el broche final a su accidentada vida académica.

Sin embargo, cuanto más se esforzaba por sumergirse en aquel cúmulo de fórmulas, gráficas y cuidados diagramas hábilmente dibujados, más se alejaba de allí su mente. A la deriva en el tiempo y en el espacio, volvía a la noche anterior.

Esa noche su amigo Simon, un apuesto Erasmus irlandés, le había llevado a un pub cercano a su casa en un intento de aplacar sus nervios antes de la presentación. Además, era la última noche de Simon en España, así que había sido una noche especial para ambos.

Con las manos aún temblorosas por el café y el ceño fruncido por su pésima capacidad de concentración, pasó a la página siguiente, sin haber entendido aún nada de lo que acababa de leer. Se enfrentaba ahora al Anexo IV: Algoritmos de integración numérica de ecuaciones diferenciales estocásticas.

No habían pasado ni ocho horas desde aquel abrazo de despedida. Tras una noche de propuestas veladas y tímidos piropos disfrazados de inocentes cumplidos entre colegas, aquel abrazo le pareció un frío trámite sentenciando lo que pudo ser y no fue.

Quedaban escasos quince minutos para que comenzase su presentación. Tenía cronometrado cada segundo de cada diapositiva. Comenzó a conectar los cables del proyector del Aula 8 a su portátil. Una vocecilla rebelde en su cabeza le informaba que Simon cogería el tren que lo llevaría al aeropuerto alrededor de la diapositiva 17, "Modelado de la cadena de polímeros".

Distraído, recorría en su memoria por enésima vez algunos de los comentarios más incisivos que le había regalado aquella velada entre cervezas. Sonrió al recordar cómo la tenue luz dorada del bar iluminaba cada una de sus pecas.

El sonido de un mensaje quebró por un momento el silencio de aquel aula. El contenido, unas frases de ánimo simbólicas, no era tan importante como el remitente. Como un relámpago, un atisbo de duda cruzó por primera vez sus ojos. Lentamente, se giró hacia la pizarra para ver el título de su presentación, como un recordatorio macabro del precio pagado. La repentina certeza de que sus caminos se había dividido y había tomado una decisión irrevocable recorrió su espalda como una gélida gota de agua.

En la distancia comenzaron a sonar un grupo de pasos acercándose. Tres hombres de mediana edad cruzaron el umbral de la puerta del aula 8 con gesto impasible y la solemnidad que solo confieren los actos formales. Sobre la mesa, el portátil mostraba indiferente la primera diapositiva de la presentación. Uno de ellos arqueó una ceja, visiblemente contrariado.

No había nadie más en aquella sala.